

Āl-Qanniš

TALLER DE ARQUEOLOGÍA DE ALCAÑIZ



LA NECRÓPOLIS DE EL CABO DE ANDORRA (TERUEL)

Relación entre género y cultura material
durante la Primera Edad del Hierro.

José Antonio Benavente, Raimon Graells y Salvador Melguizo
(Coordinadores)

ÍNDICE

PRÓLOGO	
Pierre Moret.....	9
LA NECRÓPOLIS DE EL CABO, EJEMPLO DE INTERVENCIÓN INTEGRAL EN EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO	
Jaime Vicente.....	11
PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS	
Los autores.....	13
1. INTRODUCCIÓN A LA EXCAVACIÓN	
José Antonio Benavente y Fernando Galve.....	15
El poblado ibérico de El Cabo y el descubrimiento de la necrópolis.....	15
La excavación de la necrópolis de El Cabo.....	19
<i>Campaña de 2005</i>	19
<i>Campaña de 2006</i>	20
2. CONTEXTUALIZACIÓN: EL POBLAMIENTO PROTOHISTÓRICO EN EL ÁREA DE ANDORRA	
Salvador Melguizo y José Antonio Benavente.....	21
Un territorio con una escueta historia arqueológica: siglos XIX y XX.....	21
¿Es posible una aproximación al poblamiento protohistórico en Andorra? Fundamentos e hipótesis.....	23
Finales del siglo XX. La actividad minera como catalizador de la arqueología andorrana.....	25
<i>Intervenciones en el yacimiento de El Cabo o El Cabo Bajo</i>	25
<i>Prospecciones en la cabecera del Val de Ariño. El descubrimiento de la necrópolis de El Cabo</i>	25
Breve apunte sobre las excavaciones en la necrópolis de El Cabo.....	25
¿Una necrópolis sin un hábitat contemporáneo? Problemas de cronología y su inmediato entorno de poblamiento.....	26
<i>La Val de Ariño I</i>	27
<i>La Val de Ariño II</i>	29
<i>La Val de Ariño III</i>	29
Un dilema a resolver.....	30
3. SITUACIÓN, FUNDACIÓN, ESTRUCTURACIÓN Y ESTRATIGRAFÍA DE LOS TÚMULOS	
Salvador Melguizo y José Antonio Benavente.....	31
Un lugar para una necrópolis.....	31
Túmulo 1 (T. 1).....	33
Túmulo 2 (T. 2).....	35
Túmulo 3 (T. 3).....	37
Túmulo 4 (T. 4).....	39
Túmulo 5 (T. 5).....	40
Túmulo 6 (T. 6).....	42
Características constructivas de la necrópolis de El Cabo.....	43
4. CONTEXTUALIZACIÓN: PERSPECTIVAS REGIONALES SOBRE ARQUITECTURA TUMULAR	
Salvador Melguizo y José Antonio Benavente.....	47
Precedentes bajoaragoneses.....	47
Primera Edad del Hierro en los ríos Aguasvivas y Martín.....	48
Arroyo del Regallo.....	49
Zona endorreica de Alcañiz.....	49
El río Guadalope: relectura sobre el sector occidental del grupo de cista excéntrica bajoaragones.....	50
<i>El Cascarujo (Alcañiz)</i>	50
<i>La Loma de los Brunos (Caspe)</i>	53
Desembocadura del Guadalope.....	56
Nuevas perspectivas: correspondencias hacia la cabecera del río Guadalope y de su afluente el Bergantes.....	56
Indicios de complejidad: la confluencia del río Bergantes con el Guadalope.....	57
Sector oriental del grupo de cista excéntrica bajoaragones (cuencas superiores e interfluvio Matarraña-Algás): Extensión hacia la Terra Alta.....	58
Paralelos lejanos: la Ribera d'Ebre.....	59

5. LAS URNAS CINERARIAS	
Salvador Melguizo, José Antonio Benavente y Raimon Graells	61
Una identidad técnica y morfométrica en la elección de los contenedores cinerarios	61
Vasijas tipo El Cabo	64
<i>Subtipo El Cabo A</i>	64
<i>La Urna 2A</i>	64
<i>La Urna 2B</i>	66
<i>La Urna 4</i>	67
<i>La Urna 5</i>	68
<i>Subtipo El Cabo B</i>	69
<i>La Urna 1</i>	69
<i>La Urna 3</i>	70
Una forma polivalente en lo funcional	71
<i>Una vasija de uso funerario</i>	71
<i>Una vasija de uso común</i>	72
<i>¿Una vasija de uso singular?</i>	74
Sobre la perforación del cuerpo de la Urna 4 (CNA05-T4-1/IG-23235)	74
A modo de síntesis	76
6. ESTUDIO TIPOLOGICO DE LOS OBJETOS METÁLICOS	
Raimon Graells	79
Introducción	79
Tipología de los objetos metálicos	80
<i>Brazaletes</i>	94
<i>Botón</i>	95
<i>Cadenas</i>	97
<i>Fibulas de doble resorte</i>	97
<i>Arracada</i>	98
<i>Torques</i>	98
<i>Pieza compleja</i>	98
<i>Colgantes tubulares cilíndricos</i>	99
7. APROXIMACIÓN AL RITUAL FUNERARIO	
Raimon Graells	101
Aspectos introductorios	101
Características particulares	102
Reconstrucción del ritual funerario	105
<i>A. Estadio predeposicional</i>	105
<i>B. Estadio deposicional</i>	106
<i>C. Estadio postdeposicional</i>	106
8. APROXIMACIÓN CRONOLÓGICA Y SOCIAL	
Raimon Graells, Salvador Melguizo y José Antonio Benavente	109
9. ESTUDIO ARQUEOMETALÚRGICO DE LOS OBJETOS PROVENIENTES DE LA NECRÓPOLIS DE EL CABO DE ANDORRA	
Alejandra Balboa	119
Introducción	119
Problemática de los estudios arqueometalúrgicos en contextos de incineración	120
Descripción de los objetos	121
<i>Los brazaletes</i>	122
<i>Las anillas</i>	123
<i>Fragmentos indeterminados</i>	123
Materiales y metodología	124
Discusión y resultados	124
<i>Estudio de los brazaletes</i>	124
<i>Estudio de las anillas</i>	127
<i>Estudio de los fragmentos indeterminados</i>	129
¿Objetos estañados?	129
Conclusiones	131
10. ESTUDIO ANTROPOLÓGICO DE LAS INCINERACIONES	
José Ignacio Lorenzo	133
Materiales y metodología	133
Desarrollo del trabajo	133
<i>Túmulo 2 - Urna A</i>	133
<i>Túmulo 2 - Urna B</i>	136
<i>Túmulo 3 - Interior de la urna</i>	137
<i>Túmulo 4 - Interior de la urna</i>	139
<i>Túmulo 5 - Interior de la urna</i>	139
Estudio del tamaño de la muestra	141
Conclusiones	142
11. CONSERVACIÓN Y PUESTA EN VALOR DEL YACIMIENTO	

José Antonio Benavente y Fernando Galve	145
Introducción	145
Los trabajos de consolidación	146
Mejora de accesos, adecuación del entorno, protección y valorización	147
12. CONCLUSIONES	
José Antonio Benavente, Raimon Graells y Salvador Melguizo	149
13. INVENTARIO DE MATERIALES	
Raimon Graells y Salvador Melguizo	153
Título 1	153
<i>Inventario: CNA 05-T1-2 a CNA 05-T1-330</i>	153
Título 2	161
<i>Inventario Urna A: CNA 05-T2-3a a CNA 05-T2-3c</i>	161
<i>Inventario Urna B: CNA 05-T2b-4 a CNA 05-T2-12</i>	161
Título 3	162
<i>Inventario: CNA05-T3-2 a CNA05-T3-11</i>	162
Título 4	162
<i>Inventario: CNA 05-T4-2 a CNA 05-T4-160</i>	162
Título 5	165
<i>Inventario: CNA 06-T5-2 a CNA 06-T5-171</i>	165
14. BIBLIOGRAFÍA	
VV. AA.	171

APROXIMACIÓN AL RITUAL FUNERARIO



Raimon Graells

ASPECTOS INTRODUCTORIOS

El análisis del ritual funerario es uno de los elementos fundamentales en cualquier estudio monográfico de una necrópolis o tumba. Varios son los elementos que hacen importante este análisis, complementario al del estudio positivista de las evidencias arqueológicas, entre los que podemos señalar: la inserción de la tumba o necrópolis en un contexto cultural preciso; la singularización de la comunidad que enterró a uno o varios de sus miembros en aquel lugar, diferenciándose así del resto de las colindantes; el conocimiento de aspectos internos de la organización social, etc. En definitiva, el análisis y reconstrucción del ritual funerario constituye la síntesis del estudio de una necrópolis puesto que aúna los problemas materiales, estructurales, arquitectónicos, religiosos, sociales, económicos, de género e identitarios haciéndonos visible, a través de un proceso de deducción lógica, gestos y actos realizados por un grupo que conforman el rito funerario en el marco del sepelio de sus individuos.

No recopilaremos aquí la ingente bibliografía sobre el tema, sino que nos centraremos en una aplicación sencilla de una propuesta explicativa realizada recientemente (Graells 2008, 17-29). Para ello, obviaremos los puntos sobre los que no tenemos datos, desarrollando brevemente los documentados o deducibles a partir de los registrados. Con este fin, el primer paso es contextualizar la necrópolis en su entorno geográfico (*vid. supra* capt. 2 y 4) y considerar aspectos generales de su ritual centrándonos luego en indicar las características particulares de la misma que ayudarán, al final de este capítulo, a proponer una reconstrucción del ritual funerario desarrollado en la necrópolis de El Cabo.

La primera característica del ritual funerario de la necrópolis de El Cabo, de carácter general, encaja plenamente en los usos funerarios del nordeste peninsular de la Primera Edad del Hierro (Rafel *et al.* 2012, 32): la necrópolis andorrana presenta en todas sus estructuras funerarias depósitos de restos humanos incinerados de manera individual, concentrados dentro de urnas cerámicas. Estas cremaciones se realizaron cuando el tejido

blando estaba aún hidratado. Las temperaturas que se alcanzaron oscilaron entre los 500 y 800°. Corresponderían a lo que se conoce como cremaciones secundarias, realizadas en una pira, para luego recoger los restos quemados y depositarlos en la tumba (*vid. infra* capt. 10).

A partir de aquí, las características de los depósitos y algunos aspectos generales de la necrópolis permiten caracterizar en detalle el comportamiento del ritual funerario en la necrópolis de El Cabo. De este modo, preguntas sobre la temperatura concreta de los restos, sobre el trato recibido en el momento de su recogida de entre las cenizas de la pira, sobre la arquitectura funeraria o sobre el acceso a la necrópolis y su organización interna, y pese a las pocas estructuras consideradas, pueden plantearse.

CARACTERÍSTICAS PARTICULARES

La parte del área sepulcral excavada correspondía a un sector de una necrópolis, posiblemente mayor, pero perdida a causa de la erosión del terreno. De todos modos, las estructuras analizadas permanecían intactas de expolios, en un estado de conservación relativamente bueno que ha permitido documentar completamente las características morfológicas de los túmulos y sus ajuares. Los aspectos concretos que hemos observado a partir de este registro de la necrópolis y que hemos atribuido a comportamientos singulares, diferentes de los habituales en otras próximas, posibilitan una explicación centrada en el ritual funerario realizado³⁰.

Las características arquitectónicas propias permiten también aproximaciones acerca de un particular paisaje funerario, directamente relacionado con un patrón particular del ritual practicado. Se trata de un enclave con túmulos planos con anillos y empedrado (Benavente *et al.* 2012, 44-45), frecuentes en el área del Ebro y especialmente en el área del Segre-Cinca pero raros en el Bajo Aragón (Rafel 2003; Fatás y Graells 2010) y en el área castellanense de Els Ports (Vizcaíno coord. 2010).

Esta particular arquitectura (*vid. supra* capt. 4) contribuye a distinguirla de lo observado en el área del Bajo Aragón occidental. En El Cabo los diámetros de

los túmulos circulares mayoritariamente se encuentran en una horquilla entre 2 y 2,6 metros, mientras que uno solo alcanzaría los 4. La mitad poseen además *loculi* excavados.

En los *loculi* se documenta normalmente una única urna, salvo un caso (túmulo 2) en el que se hallaron dos. Esta presencia de un par de vasijas en una única tumba es un fenómeno excepcional que encuentra pocos paralelos en el nordeste peninsular y que condiciona la arquitectura del túmulo, de su *loculus* y que tiene implicaciones complejas en cuanto a la identificación del o de los personajes allí enterrados. En el área nororiental se conocen algunas tumbas dobles para las que se ha observado una asociación de adulto e *infans* o dos individuos infantiles (Rafel *et al.* 2012, 32-33). Esta asociación evidencia aspectos complicados de interpretar que dependen de la calidad del registro documental: por un lado, puede tratarse de una sepultura conjunta para miembros de una misma familia en la que, dependiendo de si es posible determinar las edades y sexos, sería tentador ver a madres e hijos muertos a causa de complicaciones en el parto, posparto u otro tipo de enfermedades en un momento de dependencia del *infans* de su progenitora (previsiblemente durante la lactancia); otra opción sería la considerada para una de las tumbas excavadas en la necrópolis de Sebes (Rafel *et al.* 2012, 32-33), según la cual uno de los individuos estaría en la tumba en calidad de elemento intrusivo, lo que lleva a la problemática de la cremación en un lugar comunitario en el que la recolección de los huesos no sería sistemática e incurriría en negligencias que mezclarían los restos de distintos individuos. Pero esta opción no parece ser viable para un caso en el que voluntariamente se depositan simultáneamente dos urnas cinerarias en una misma tumba (túmulo 2), de manera que para ella debemos realizar otra aproximación.

Otra característica importante a tener presente es que en todas las sepulturas analizadas el tipo de vaso es idéntico. Esta uniformidad es atípica en el panorama del Bajo Aragón, donde la heterogeneidad de los vasos utilizados fue recurrente. A tal efecto, no podemos proponer para esta homogeneidad más que una voluntad de expresar una pertenencia al mismo grupo y una marcada tradición funeraria que haría necesario enterrar con vasos de este tipo a los miembros de esta comunidad enterrados en esta necrópolis. Además, algunos de los vasos (túmulos 2, 3 y 4) fueron extraídos

³⁰ Algunas de ellas ya habían llamado nuestra atención (Benavente *et al.* 2012, 44-45).

de los monumentos funerarios con su relleno interior intacto. Ello posibilitó que pudieran ser excavados en el laboratorio lo que permitió detectar una microestatiografía (Benavente y Galve 2008, 309), que en líneas generales estaba compuesta por:

- Un nivel superior de relleno de tierras sueltas y cenicientas, sin apenas huesos, que ocupa aproximadamente la mitad superior de la urna y en el que suelen aparecer algunas piezas metálicas (brazaletes) depositadas de forma independiente al paquete de huesos inferior.

- Un nivel inferior compuesto fundamentalmente por huesos quemados mezclados con cenizas, formando así una masa compacta diferenciada de la parte superior de la urna. Algunos de estos paquetes homogéneos se pudieron conservar y entregar intactos para el estudio antropológico.

En la urna del túmulo 4 se detectó un tercer nivel inferior de apenas 3-4 mm de espesor formado por tierras finas y cenicientas, apoyado directamente sobre el fondo de la urna y en cuyo interior apareció una pepita de uva, cuyo significado deberá ponerse en relación en un discurso más amplio que considere en el área andorrana de la Primera Edad del Hierro, por primera vez, aspectos mediterráneos (López 2004).

Si consideramos los tipos de ajuares, destaca dentro de los metálicos la escasez de fibulas y la ausencia de agujas que contrasta, por oposición, con la presencia de brazaletes en prácticamente todas las tumbas. La tipología de los objetos metálicos permite proponer una cronología entre la segunda mitad del s. VII y los inicios del VI a.C. (*vid. supra* capt. 8). Como se ha tenido ocasión de evidenciar, en la segunda mitad del s. VII a.C. las comunidades del nordeste peninsular empiezan un proceso de acumulación de riqueza, mejor dicho, de concentración de riqueza, que permitirá el surgimiento de una jerarquización social muy marcada, tal y como han demostrado tanto Ruiz Zapatero para la necrópolis de El Calvari (El Molar, prov. Tarragona) (2004, fig. 14), como A. Toledo para la necrópolis de Negabous (Perpignan, Francia) (Cat. Negabous 2010, fig. 35). En ambos ejemplos, la distinción entre ajuares masculinos y femeninos ha sido posible a partir de la identificación de marcadores recurrentes. Para el caso de la necrópolis de El Cabo, la escasa muestra dificulta tal identificación pero puede proponerse por contraposición:

- La concentración de brazaletes múltiples, de sección rectangular o cuadrada con extremos aplastados y

rectos sucede en tres tumbas (1, 4 y 5), pudiéndose asociar a otros elementos, entre los que destaca una arracada y donde la totalidad del material metálico ha sufrido la acción del fuego.

- Los túmulos 2 y 3, en cambio, presentan un volumen de metal inferior, siendo los únicos que entregan brazaletes abiertos con terminaciones de apéndices de bola y evidencian elementos que no han sufrido la acción del fuego (en ambos casos, como mínimo, el brazalete con extremos de bola).

¿Podría corresponder ello a una dualidad entre tumbas masculinas (2 y 3) y femeninas diferenciadas por los tipos de ajuar? ¿o por el ritual funerario recibido? Los datos antropológicos no resuelven este dilema, ni tampoco los contextos vecinos con los que podemos comparar los de El Cabo (*vid. infra*).

Si consideramos ahora el estado de conservación en el que hemos hallado estos materiales, podremos volver a acercarnos a aspectos del ritual. En cuanto a los materiales metálicos se refiere, la recurrencia del paso por el fuego de la casi totalidad de las piezas documentadas y la minuciosidad con la que fueron recuperados –en esta dirección apunta la presencia de goterones de metal de diminutas dimensiones dentro de las urnas– implican varios comentarios. Por un lado que los cuerpos se quemaban en la pira completamente aderezados y ornamentados, previsiblemente vestidos. Por otro lado, la minuciosidad en la recogida de los restos evidencia una voluntad de recuperar, para el más allá, la totalidad de las pertenencias del difunto. Pero quedan aún un par de detalles a considerar, derivados de los dos primeros: el primero corresponde a los elementos depositados en las tumbas y que no habían sufrido la acción directa del fuego y, el segundo, atañe al modo en que se realizó la recogida sistemática de los fragmentos.

Si consideramos estos puntos por separado, vemos cómo la inclusión de elementos no alterados por el fuego puede corresponder a objetos ajenos al ajuar del difunto. A este respecto es interesante ver cómo las tipologías de estos objetos son distintas a las de los objetos quemados en esas tumbas y ello implica, necesariamente, la distinción de éstos como elementos singulares, o depositados como ajuar complementario, por parte de otros miembros de la comunidad. Evidentemente, la opción de que pudieran corresponder con bienes del difunto no quemados por motivos de la construcción de la pira o por un fuego insuficiente,

deberían ser argumentos rechazados ante el impacto e intensidad de las llamas, tanto sobre la mayoría de los elementos como sobre los restos humanos, y ello implicaría una dejadez por parte de quienes los quemaron que no encuentra correspondencia con la cuidada recolección de ellos entre los restos de la pira. Este segundo aspecto, válido para los restos humanos y también para los metálicos, presenta varios puntos importantes a considerar: por un lado, la recolección de la totalidad de partes del cuerpo; por otro, la recolección de cualquier tipo de fragmento metálico quemado, independientemente de sus dimensiones o estado; y por último, la ausencia de carbones en el paquete de los contenidos dentro de las urnas. La combinación de todos ellos tiene implicaciones factibles relativas al modo en cómo se realizó el momento de la recuperación del cadáver y sus pertenencias para ser depositado en el más allá.

La exhaustividad en la recogida implica que se realizó en un lugar limpio y, seguramente, se pudo seguir una planificación que plasmaría en las cenizas la posición del cadáver sobre la pira; la ausencia de carbones y la minuciosidad con los pequeños fragmentos implica que la recogida se realizó en frío, lo que se confirma con el estado de conservación de las urnas, que no indican trazas de haber contenido material aún caliente; a diferencia de los restos humanos, los restos metálicos no parecen haber sufrido ulteriores alteraciones después de su paso por el fuego, depositándose dentro de la urna. En cambio, los restos óseos podrían haber sufrido algún tipo de lavado –no confirmado– y posiblemente un triturado (Benavente *et al* 2012, 44-45). Esta práctica, post-incineración, encuentra correspondencia en la homogeneidad y regularidad de los fragmentos de los depósitos, quizás realizada con fines rituales para homogeneizar los fragmentos o para, quizás por un sentido práctico, facilitar el depósito dentro de las urnas.

Esta característica destructiva de los restos para traspasar a una idea del más allá es el colofón que demuestra cómo en esta necrópolis se practicó un ritual funerario estructurado en varias fases o etapas, en el que la atención dispensada muestra un tratamiento complejo del cuerpo y del ajuar.

De manera general, el proceso de destrucción de los objetos de ajuar dentro de las tumbas ha sido llamado de múltiples formas, como “rotura ceremonial”, “muerte” o “destrucción deliberada” (Åström 1987, 213), definiciones que denotan la voluntariedad de esta destrucción y que encaja en algunos de los problemas

tratados bajo el concepto de “fragmentación” (Chapman 2000; Tronzo Ed. 2009). El argumento ha sido objeto de numerosos trabajos de carácter general (Alexandridou 2013; Åström 1987; Driessen Ed. 2013; Fossey 1985; Grinsell 1961; 1973), gozando especialmente de un campo específico en relación a la destrucción de armas (Åström 1987, 215-216; Graells 2007, 95-96; Marini 2003), existiendo una amplia consideración hacia otras ofrendas –aquí el peso de las armas también tiene una particular consideración– en contextos de culto (Graells, Lorrio y Quesada 2014, 191ss. y 233; Jackson 1983; 1991). En el caso de las tumbas, la finalidad de estas inutilizaciones ha sido interpretada como ritual más que práctica, en tanto que evidencia de la íntima y personal relación entre el difunto y sus pertenencias, las cuales deberían “morir” del mismo modo que el propietario y acompañarlo en la otra vida (Quesada 1997, 162 y 641). En el caso de los santuarios, la destrucción responde a la transformación del objeto en exvoto o *anathêmata*, propiedad de la divinidad (Morel 1989-1990). Finalmente, cabe valorar la aproximación de Chapman (2000) que ha argumentado que la fragmentación establecía una relación social entre el difunto, el objeto y los vivos, considerando la posibilidad de que esta fragmentación incluyera la conservación de una parte de los objetos fuera del depósito funerario como memoria del difunto.

Si nos centramos en los ornamentos depositados en tumbas y dejamos de lado armas y ofrendas en santuarios, parece obvia la pregunta de ¿por qué destruir las propiedades del difunto si el objetivo es servirle en el más allá? La explicación más sencilla es la de que esas propiedades, una vez inutilizadas y enterradas con su propietario, lo sigan siendo para la eternidad impidiendo que los vivos se apropien de ellas (Åström 1987, 216).

El caso de la necrópolis de El Cabo presenta una clara preocupación por la cremación de la totalidad del ajuar metálico –dejando de lado las piezas enteras depositadas a modo de ofrenda, que responden a otra finalidad–, pero simultáneamente por la conservación del contenedor de los restos humanos, hasta el punto de que se depositarían los restos de la cremación fríos vista la ausencia de alteraciones térmicas en las paredes del vaso. Esta dualidad de criterios debe ser comparada con las necrópolis colindantes que difieren claramente del patrón de la necrópolis de El Cabo. Así, la mayoría de las necrópolis y tumbas del Bajo Aragón presentan frecuentemente el depósito de piezas enteras o frag-

mentadas, pero no alteradas por acción del fuego en sus ajuares (Rafel 1993; 2003). Esto también se observa en algunas de las necrópolis de la llanura castellanense (Fatás y Graells 2010, 52-54; González-Prats 1975; Oliver 1981) y del tramo bajo del valle del Ebro (Gallart y Vives 1986; Belarte y Noguera 2007, 51-56) siendo excepciones casos como el de la sepultura 17 de la necrópolis de Santa Madrona (Belarte y Noguera 2007, 50-51, fig. 71). En la comarca castellanense de Els Ports, la publicación de la necrópolis de Sant Joaquim (Vizcaíno 2010) permite visualizar un ritual similar, en el que la gran mayoría de objetos metálicos también pasarían por el fuego, aunque algunas precisiones y comparaciones con la de El Cabo son necesarias para distinguir ambos rituales.

Mientras que en la necrópolis de El Cabo, como hemos visto, la recogida de metales es completa incluyendo goterones de fusión, en la necrópolis de Sant Joaquim la recuperación de los elementos metálicos afecta sólo a fragmentos y elementos deformados dejando de lado los goterones y diminutos fragmentos fundidos. Posiblemente esto se deba a una cremación distinta de los difuntos en las piras, que quizás situaría los elementos metálicos en una posición apartada del cuerpo, tal y como permite suponer la abundante presencia de elementos poco deformados por la acción del fuego o en buen estado de conservación.

De este modo, podemos proponer las características de ambos rituales por oposición entre ellos: en la necrópolis de Sant Joaquim el ajuar metálico de ornamentación y joyería se dispondría en la pira junto al difunto, pero no podemos asegurar que en su posición de uso habitual, puesto que la irregular alteración térmica de objetos como anillas, pendientes o *fermatrecce* hace pensar en un posición distinta, quizás periférica. En esta misma necrópolis la recogida de los bronce no sería sistemática ni integral, prefiriéndose los fragmentos mayores o morfológicamente reconocibles que se depositarían dentro del *loculus*, y al que no parece se sumaran ofrendas de piezas completas por parte de terceros. En la necrópolis de El Cabo, en cambio, se quemaría la totalidad del ajuar de ornamentación y joyería del difunto con el propietario y después de su recogida integral se colocaría en el *loculus*, completando el ajuar funerario, ocasionalmente, con ofrendas por parte de terceros en forma de brazaletes.

RECONSTRUCCIÓN DEL RITUAL FUNERARIO

A. Estadio predeposicional

Es la franja temporal entre la muerte del personaje y el momento en el que se deposita en la tumba. En este estadio debemos considerar, además, otros elementos paralelos como la definición del espacio funerario que ocuparía y la construcción de la estructura funeraria que lo acogería. Evidentemente, para estos dos últimos detalles no es posible precisar cuándo se habrían realizado, puesto que pueden no responder a una relación de dependencia con la muerte del personaje y sí, por el contrario, con aspectos relativos al grupo social al que pertenece (rol, estatus o familia).

A.1. Después de la defunción, en la necrópolis de El Cabo, podemos proponer que, de manera sistemática, se preparó el cadáver:

A.1a. Aderezándolo con joyas y ornamentos personales con los que se quemaría en la pira.

A.1b. Despojándole de una parte de las joyas y elementos de ornamento personal, que podrían depositarse *a posteriori* en el ajuar de la tumba sin haber pasado por la acción del fuego.

A.2. El paso siguiente sería la preparación y construcción de la pira que, como hemos supuesto a partir del tipo de recogida de los restos, correspondería a una estructura regular, hecha en madera con alto valor calórico que se construiría sobre un espacio limpio en el que no se mezclarían restos de una cremación con otras precedentes.

A.3. Seguidamente, la colocación del cadáver sobre la pira. Una cremación homogénea permite una caída de los restos metálicos, fosilizando la forma original en la que fueron depositados sobre la pira cosa que, consecuentemente, facilita la identificación de las partes y la búsqueda de los elementos metálicos allí depositados.

A.4. Después de la cremación viene la recolección de los restos. En la necrópolis de El Cabo suponemos que esta parte del ritual se realizaría cuando la pira estaba apagada y los restos fríos, de manera que las cenizas no dificultarían un cribado con el que recuperar el mayor volumen posible de ellos. Este cribado, necesario para recuperar tan diminutos fragmentos de metal, implica una especie de *lavatio* de los restos, seguramente suficiente para los fragmentos metálicos, pero

no tanto para los óseos, puesto que hemos observado cómo después de la recolección el ritual continuaría en dos fases paralelas.

A.5. El primero sería el depósito de los fragmentos metálicos dentro de la urna cineraria, mientras que el segundo correspondería al depósito de los restos óseos. Este proceso podría conllevar algún tipo de limpieza que no hemos podido documentar y, seguramente, también algún tipo de contenedor con el que depositarlos dentro de las urnas —quizás un tejido u otro contenedor orgánico—.

A.6. La preparación de la tumba se considera el último momento de este estadio predeposicional, y concretamente hasta el momento en que se deposita en el interior del *loculus* la urna cineraria.

B. Estadio deposicional

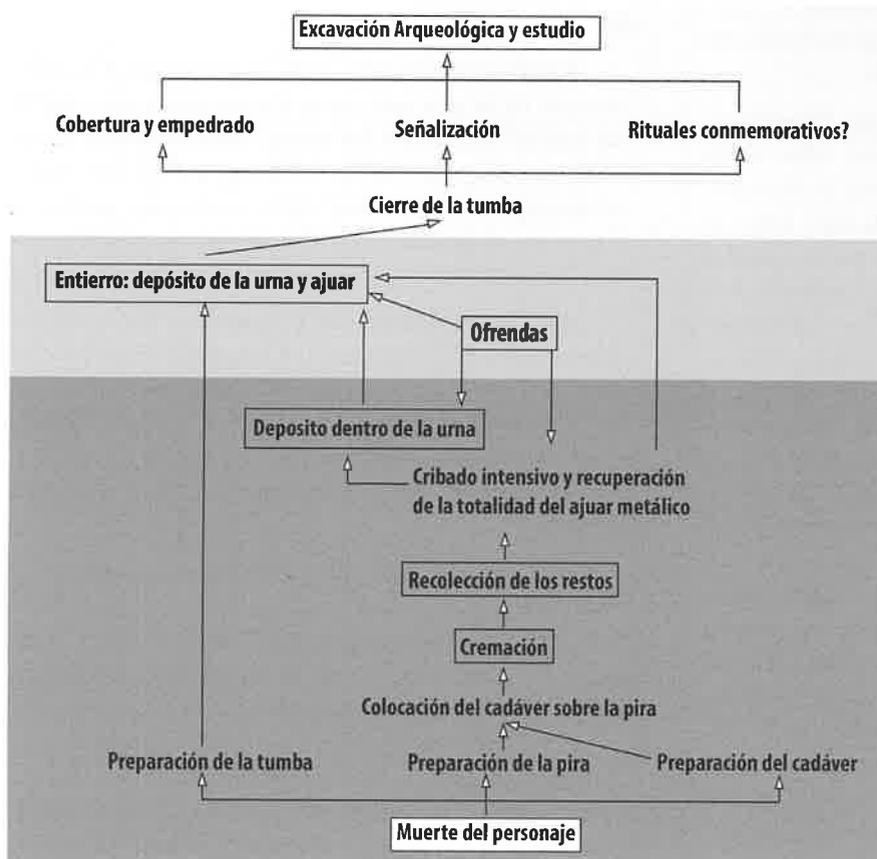
Es el lapso de tiempo que abarca desde el depósito de los restos dentro de la urna, en el *loculus*, hasta el momento del cierre de la tumba.

B.1. Las dimensiones, características físicas (estructurales y arquitectónicas) y situación de los túmulos

conforman el paisaje funerario de cada necrópolis y ayudan a determinar aspectos relacionados con la riqueza, estatus y género dentro de su comunidad. En el caso de El Cabo se han observado cómo los túmulos con mayor complejidad arquitectónica (2 y 3) van asociados a rituales complejos, en los que además del ajuar del difunto se depositaron objetos no quemados. Además, esta correspondencia entre mayor complejidad del ajuar y de la arquitectura funeraria, encuentra correspondencia en su posición en la necrópolis, que podemos definir como central y, por último, con la superficie ocupada, que en el túmulo 3 es la mayor de toda ella.

B.2. La selección del ajuar, claramente intencional por parte de quienes quemaron a los sepultados en la necrópolis de El Cabo, repite siempre un patrón homogéneo, según el cual la totalidad de los restos quemados se depositaría dentro de una urna cerámica sin tapadera conservada, que se completa con dos variantes:

B.2a. Dentro de este vaso una parte del ajuar personal quemado, el resto del conjunto metálico se depositó fuera de la urna sin documentarse ofrendas cárnicas o cerámicas.



7.1. Esquema de reconstrucción del ritual funerario acontecido en la necrópolis de El Cabo (Andorra) en las tumbas con mayor cantidad de ajuar metálico y acción del fuego sobre la totalidad del ajuar (autor R. Graells).

B.2b. Dentro de este vaso una parte del ajuar personal metálico no quemado, que interpretamos como ofrendas por parte de terceros.

En resumen, parece que una vez realizada la incineración, enfriados y limpios los huesos, éstos se recogían manualmente formando un pequeño paquete compacto que se introducía en el interior de la urna. El relleno completo de la vasija se realizaba vertiendo a continuación tierras limpias y depositando entre ellas algunas piezas metálicas (por ejemplo los brazaletes de la urna T.2 y que podrían indicar que no los llevaba encima el difunto en el momento de la incineración).

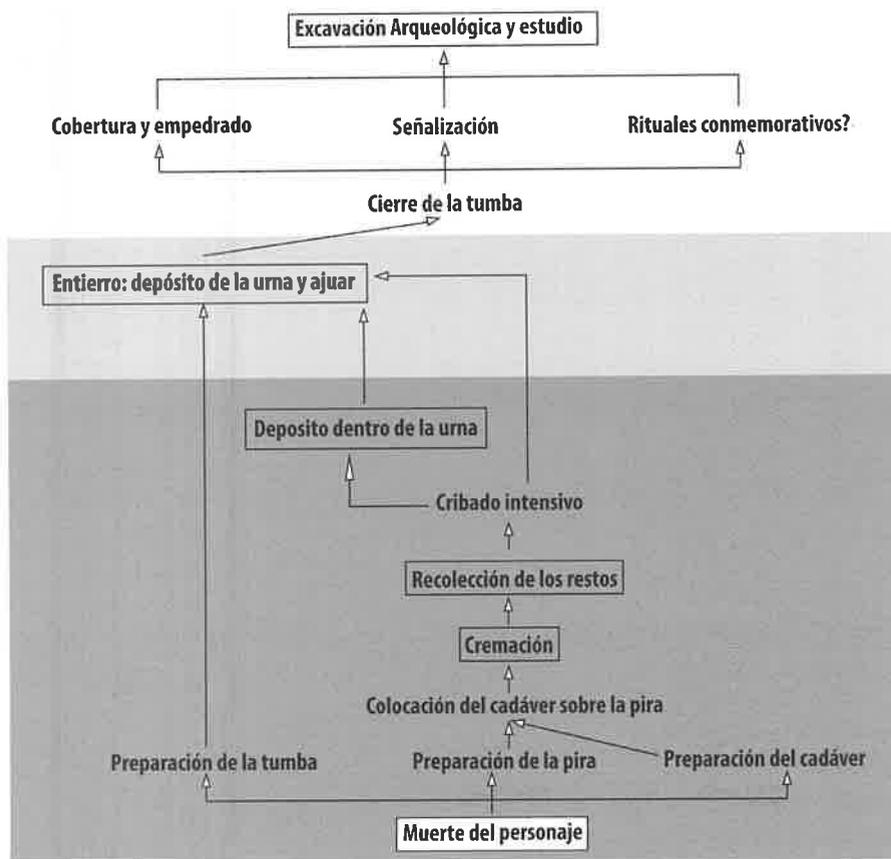
C. Estadio postdeposicional

Es el periodo de tiempo que se inicia con el cierre de la tumba y que finaliza en el momento en que se excava, con metodología arqueológica, documentándose el proceso para su estudio científico.

C.1. El cierre de la tumba y su señalización son el último momento del ritual funerario antiguo, al que podrían seguir ofrendas posteriores, cíclicas u ocasionales que en la necrópolis de El Cabo no han sido detec-

tadas. En ella, el cierre de la tumba corresponde a una cobertura mediante empedrado, o losa, que cubren los *loculi*. No se ha documentado señalización alguna a modo de estela lítica o agujero de poste para albergar una estela orgánica. Es posible que una cuidada limpieza de la vegetación del cerro donde se ubica la necrópolis fuera suficiente para hacer visibles las estructuras.

C.2. El estado de conservación de los túmulos excavados indica que la necrópolis no sufrió excavaciones clandestinas y solo se vio afectada por un agresivo proceso de erosión, especialmente claro en dos de los túmulos. Posiblemente estos dos túmulos evidencien la larga evolución natural que, con el paso del tiempo, redujo el número de tumbas de la necrópolis hasta el momento de su excavación.



7.2. Esquema de reconstrucción del ritual funerario acontecido en la necrópolis de El Cabo (Andorra) en las tumbas con menor cantidad de ajuar metálico y ausencia de acción del fuego sobre el ajuar (autor R. Graells).